

—Yo pesqué la gripe en la dichosa comidita de los de K...

—Al menos aquí puede uno quitarse el abrigo...

—¡Ya lo creo! ¡Muy, muy confortable!

—Usted habrá oído repetir esa vulgaridad de que es malo salir al frío desde una habitación muy caliente. Pues lo positivo es todo lo contrario: llevando buena provisión de calor, se opone resistencia al frío de la calle. Es la teoría de los ingleses.

—¡No me diga usted más!

Entre este remolino de opiniones opuestas, la dueña de la casa sufre. No sabe la pobre señora qué hacer, si añadir una estufa ó apagar dos. Nota cierta animosidad en frases que coge al vuelo. Si la aprueban los calurosos, la reprueban los glaciales. Yo conozco señora que, por conciliarlo todo, ha resuelto calentar fuerte media casa y dejar en primavera fresca la otra mitad. Y las mesas de bridge se arreglan según la resistencia al frío de los *partners*. «Usted, que prefiere asarse, con Fulanita, Menganita y Perenganito, que les pasa igual. Usted, que le horrorizan las estufas, con el ministro de H... y el conde de L..., que les sucede lo propio...»

Y cuando, una mañana, corre la voz de que una persona conocida—una de las que componen el bicentenario escaso siempre en danza y siempre en juego—ha caído gravemente enferma, de una de estas dolencias estacionales que no suelen perdonar—pleuresía, bronco neumonía, pulmonía doble, gripe infecciosa, etc.—la gente, sin tardanza, se da á buscar el origen del mal en un incidente de temperatura.

—Fué que asistió al bridge del domingo en casa de Altocueto, y á la salida, ¡como allí calientan con tal furia!

—¡Quíá, no, señor! Donde pescó eso fué almorzando con los Hondovalle; allí la temperatura es la misma que en Cercedilla al aire libre y á media noche.

—Créame usted, son temibles las salamandras.

—Lo temible es helarse.

Lo que no dice ninguno de los discutidores es que, probablemente, ni el frío ni el calor tienen la culpa; la tiene la civilización, el *confort* exagerado, que extrema y agudiza las sensaciones y obliga á exagerarlo todo, á dislocar la existencia. Hay padecimientos que seguramente son obra de la civilización, y el hombre, en contacto directo con la naturaleza, el hombre muy saturado de aire libre y puro, no los conoce. La inclemencia del cielo, durante algún tiempo del año, es quizás una de las condiciones necesarias de nuestro vivir, y querer suprimir el invierno lo considero muy absurdo.

Se ha dado el caso, en esta campaña de Melilla, de que personas enfermas y débiles en España se pusieron buenas ó mejoraron entre las privaciones y fatigas de la ruda vida del campamento. ¿Qué explicación tiene el hecho, sino la de que salieron de los artificios de la civilización y el *confort*, y respiraron mejor é hicieron más ejercicio?

El aire libre parece ser, para los madrileños, una especie de enemigo personal. Cuantas referencias se hacen á él, son avisos para ponerse en guardia. «¡Cuidado, que sopla un remusguillo!—Embozarse, que viene barbero.—Abrigarse, que hace fresquete.—No se ponga ahí, que entra corriente...» Este sistema preventivo contra el aire es casi toda la higiene matritense. El madrileño piensa poco en bañarse, poco en la nutrición de su cuerpo, poco en el sistema que lo podría fortalecer: sus precauciones se reducen á discurrir cómo se resguardará del pícaro aire...

Me ha contado un amigo, empleado en una oficina, que hay que oír los gritos que pusieron en el cielo sus compañeros un día en que él, queriendo renovar el aire, abrió una ventana... Es de advertir que toda la oficina estaba más ó menos acatarrada, y el coro de toses, estornudos, gargaños y carraspearas imponía. Mi amigo, hombre de ideas amplias, trató de demostrarles que hallándose ya enfermos de las vías respiratorias, lo que les convenía era no aspirar aire viciado... Se le echaron encima, coléricos. «¿Y la pulmonía, señor mío? ¿Y la bronquitis capilar?» Tuvo que cerrar otra vez, mientras los burócratas, temblones, se arrimaban á la estufa ó se envolvían en la pañosa... Yo, después de todo, no había menester este documento sobre la higiene de los habitantes de la villa y corte, porque, en el Ateneo, había notado el mismo horror á las corrientes, la misma repugnancia á las ventanas abiertas, la misma tolerancia del ambiente grueso y pesado, impurificado por la respiración de muchas personas reunidas, que acaban por respirarse á sí mismas, ó al menos el humo de su tabaco, cargado de nicotina y de miasmas. Este era el verdadero inconveniente de la famosa Cacharrería. Ni las discusiones, ni las opinio-

nes audaces. Que los pulmones no hallaban modo de funcionar.

Confieso que este fenómeno, en el Ateneo, centro de la intelectualidad española, no dejaba de sorprenderme. Porque aquellos señores que, una tarde tras otra, se encerraban en una habitación no muy grande, calentada en demasía y sin ventilación, y aún conservaban el sombrero puesto y arrollada la chalina, cansados estaban de saber que hacían todo lo posible para que les cayese un premiecillo en el sorteo de doña Pulmonía, señora y tirana de la corte en invierno y aun en primavera y quizás en otoño... Y sin embargo, allí se aguantaban tan contentos, discutiendo, excitando los bronquios y la garganta, como llamando al sutil microbio para que acudiese solfícito...

La misma observación que en el Ateneo hice en el Congreso. Ese edificio pésimamente concebido, sin ventanas—en el sentido higiénico de la palabra—y en cuya pesada decoración de terciopelos el polvo tiene semisecular domicilio; ese antro lóbrego, ahumado, amazotado como nuestra política, es un hermoso criadero de pulmonías infecciosas. No se concibe que siendo cosa tan fácil ventilar el Congreso desde arriba, el intentar hacerlo parezca una especie de sacrificio. Recuerdo que muchas veces, la señora de Vinyals, que padecía de ahogos, y yo, que adoro el aire libre, inventamos órdenes del presidente para que se abriesen los ventiladores de la techumbre y una ráfaga viva y fresca penetrase en aquel recinto sofocado, donde se mascaba un esponsor de frases, chismorreos y cóleras aparentes, resueltas al medio minuto en apretones de manos entre «particulares amigos.» En las tribunas, ideadas por el genio de la incomodidad, se sudaba la gota gorda, y yo pensaba: ¿no es cierto que el Congreso y el Ateneo debieran ser dos escuelas de higiene, dos casas en que se viva según los últimos adelantos de la ciencia?

* *

Está visto: ni los ateneístas, ni los diputados tienen cariño á su pellejo. Y lo mismo les sucede á los demás habitantes de esta del madroño, que se pasan tardes y noches en los sitios más á propósito para *pescarla*: los cafés, los teatruchos... Sitios donde flotan los microbios en su propia salsa, y el olor humano se agarra á la garganta como garrapata tenaz.

No lo dudéis: antaño los catarros serían patrimonio de la ancianidad: hoy, joven ó viejo, puede que no exista en Madrid quien no esté acatarrado. Ved el desarrollo que ha adquirido la importante industria de las pastillas cuyo lema es el célebre y castizo consejo: «*Si toséis, toméis.*» Las marcas se multiplican, los programas y anuncios son seductores: á los tres días estaréis curado, es infalible. Pastillas, jaraebes, píldoras, polvos, tabletas, cápsulas, vinos, parches... Yo os digo en verdad que no creo en esas mojigangas. No hay, para los órganos respiratorios, más remedio seguro que el aire libre, y si puede ser, respirado en un pinar, al pie de una encina, en un picacho de la sierra. El catarro es enfermedad de civilización, de ciudad, de artificio. Los pueblos primitivos la han ignorado.

Saco en consecuencia: que es preciso moderar la calefacción exagerada, y establecer un término medio señalado por el termómetro; que la camilla y el brasero de nuestros abuelos no eran tan malos; que es preciso abrir mucho las ventanas; que no estamos en los dominios del zar de todas las Rusias, y que pertenezco al partido de las amigas del frío, con tal que no sea demasiado...

En los sanatorios de Suiza, el frío es un activo agente terapéutico. Los enfermos del pecho se pasan el día y á veces la noche en grandes galerías abiertas sobre el paisaje nevado, á la temperatura que es de suponer. Les envuelven lanudas y mullidas mantas; les cobija un sillón; pero sus pulmones están en contacto directo con el aire vivificante y acerado de las altas cimas y los ventisqueros puros, blancos, celestiales. Y si no todos los enfermos del pecho curan, por lo menos ninguno conoce allí las infecciones de la civilización. No se respira el catarro, la angina, la neumonía, la meningitis gripal,—estos extraños males que acabo de ver pasar, guadaña en mano, sobre Madrid lleno de estufas y envuelto en pieles...

Vendrá un día en que la excesiva sensualidad de nuestra época sea estudiada, condenada y proscrita; en que la vida natural, humilde, se rehabilite y se recomiende; en que, así como el abuso del pensamiento habrá traído el caos, la exaltación del *confort* habrá convertido á la humanidad en una maraña de lombrices... Y entonces se iniciará la revolución de la sencillez.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Hay un género de incompatibilidad física entre amigos, familia, esposos, compañeros de cadena, domicilio, oficina y taller, que da lugar á escenas muy peregrinas, que no hay modo de evitar, ni de remediar. Me refiero á las diferencias irreductibles en los modos de sentir la temperatura. Es imposible avenir á los que siempre tienen frío y á los que tienen calor siempre.

La vida, por esta causa, fácilmente se trueca en infierno. «Sólo con mirar á las oposiciones entre marido y mujer por la cuestión de calor y frío, se justificaría el divorcio—declame un partidario de las teorías de Naquet.—¿Usted sabe el suplicio que es para el friolero vivir unido á una persona que abre todas las puertas y deja paso libre á las corrientes?»

Por mi parte, siendo del bando de los calurosos, mayor considero la tortura del que, necesitando respirar anchamente, ve que le someten al suplicio de la princesa de Eboli en su prisión: tapiados los huecos, clavado todo cuidadosamente, y por añadidura, una chimenea que echa bombas, llamas y bocanadas de fuego. ¡El horno de los tres niños de Babilonia!

El clima de Madrid podrá ser duro; podrá tener sus sorpresas, sus sobresaltos; pero no es un clima riguroso, ni mucho menos; la nieve cae por excepción dos ó tres días, y eso, no todos los años. No es lógico que en Madrid se extreme la calefacción, como si estuviésemos en San Petersburgo. En Madrid, mientras el sol entra en las habitaciones, ninguna falta hace ni aun encender.

Sin embargo, ello es que se ha puesto de moda tener las casas á un temple que á las márgenes de la Neva ó del Volga estaría justificado. Y he aquí la consecuencia. A los cinco minutos de reunirse la gente en una casa, empieza el coro de los que se asfixian:

—Esto no puede aguantarse.

—¡Uf! ¡Qué sofoquina! Voy á quitarme el boa.

—Otro día vengo escotada, con un tul.

—¿Nos prestaría la dueña de la casa un abanico?

—Salgámonos un momento á la antesala, á ver si está algo menos imposible.

—¡Atiza! ¡Pues si en la antesala hay una chuberski que parece la caldera de un vapor!

—Yo lo que haré será irme á la calle, con disimulo, así que pueda.

—¡Ya! Pero mucho cuidado con la salidita.

Mientras los que tienen provisión de calórico hablan así, entre resoplidos y angustias respiratorias, los frioleros suspiran de bienestar, sonriendo á la temperatura, propia de criadero de gusanos de seda.

—Esta casa encuentro que está como debieran estar todas.

—¡Qué agradable! ¿Verdad?

—Una delicia. Y todo igual, antesala, salones, comedor...

—No perderé una de las reuniones. Es que en otros sitios se tiritá.

—Yo me acatarré en casa de X...